

Tolkien en el fin del mundo:

Viaje a Cornualles.

José Luis López Martín

Introducción y justificación:

****Nota al lector:**** *Esta introducción ofrece el contexto histórico y metodológico del ensayo.*

Si prefiere sumergirse directamente en la narrativa, puede avanzar a la página 4.

Durante los siglos XVIII y XIX era muy común que los jóvenes ingleses de familia adinerada, tras cumplir la mayoría de edad, normalmente a los 21 años, emprendieran un viaje de formación por Europa. Este viaje podían realizarlo sólos o con otros compañeros, pero casi siempre con la guía de algún cicerone local. Es lo que se vino a conocer como el Grand Tour. El tour se llevaría a cabo durante un mínimo de medio año, llegando a superar los dos, y a veces incluso podría alargarse más allá y visitar otros continentes. Siempre dependiendo de las posibilidades económicas de la familia del becado. Durante este “erasmus decimonónico”, los jóvenes descubrían el arte clásico europeo, la filosofía y en definitiva, se sumergían en las culturas autóctonas. Son los años del Romanticismo y de la creación de las conciencias nacionales modernas.

Era habitual que los estudiantes contarán con un cuaderno de viaje donde abocetar aquello que les llamase la atención, además de un diario donde dieran rienda suelta a sus inquietudes estéticas y filosóficas. Obras tan célebres como “Las siete lámparas de la arquitectura” de John Ruskin o “El culto moderno a los monumentos” de Aloïs Riegl, no hubiesen sido posibles sin este trabajo de campo previo.

J.R.R. Tolkien no realizó el Grand Tour. No se lo hubiese podido permitir en términos monetarios y por otra parte, la Europa de 1914 no era la Europa de medio siglo atrás. Aún así, en el verano de 1914, tras finalizar el curso académico, Tolkien realizó un viaje a la Península de Cornualles, al Finisterre inglés. Unas vacaciones, que aunque modestas, podríamos catalogar de “formativas” en términos decimonónicos. Este viaje, está atestiguado en una carta que le escribió Tolkien a su por entonces prometida, Edith Bratt, y también da cuenta del mismo su biógrafo más afamado, Humphrey Carpenter.

En un primer momento, para este ensayo no teníamos mayores pretensiones que la de realizar un seguimiento y descripción de los edificios, los sitios, las obras de arte, los paisajes y las localidades que pudo visitar Tolkien y su compañero, el padre Vincent Reade, en el transcurso de este viaje. Queríamos describir tanto los que aparecen atestiguados en su carta y acuarelas, como los que por cercanía pudiese ver, aunque no necesariamente viese. Lamentablemente, el resultado que arrojaba este modo de proceder era estéticamente pobre, muy de guía de viajes o catálogo de obras artísticas. Catálogo que además carecería de imágenes por la propia naturaleza del texto ensayístico. Ante esta tesitura hemos optado por novelizar ciertas partes del ensayo para intentar generar un hilo conductor que nos lleve de una descripción artística a otra, y de una reflexión a la siguiente, poniendo a veces por escrito pensamientos en la mente de Tolkien que en definitiva son reflexiones de quien les escribe. Algunas de estas reflexiones cuentan con cierto fundamento bibliográfico sustentado en autores más o menos coetáneos y que se citan *in situ* en el mismo texto.

Cuando citamos estos trabajos más académicos, hemos querido indicar las páginas exactas donde se encuentran los extractos. Pero cuando citamos a Tolkien, hemos preferido que el lector interesado busque por sí mismo los pasajes y profundice en ellos si son de su interés. Siempre es una buena ocasión para volver a la obra de Tolkien y no queremos privar al lector de ese placer.

La mayoría de situaciones, por lo tanto, son totalmente inventadas. En definitiva hemos intentado fantasear con ser un tercer acompañante en ese viaje, un narrador omnisciente en muchos casos, quien redactara una suerte de diario de estas vacaciones en Cornualles. Aclarar que si bien la mayoría de situaciones que se dan son una invención personal, tanto los topónimos, como los monumentos y sitios abajo nombrados, son reales y están disponibles a golpe de click en la red de redes. Dejamos al criterio personal del lector el acercarse a este ensayo con o sin apoyo visual.

Y ahora, viene el momento de las disculpas. Se me va a permitir en este caso y sin que sirva de precedente, usar la primera persona del singular para dirigirme personalmente a los lectores. En primer lugar me gustaría disculparme con el lector erudito y conocedor de la biografía del profesor Tolkien. Muchas de las reflexiones que aquí aparecen, bien pudieran no ajustarse del todo a su personalidad o directamente ser contrarias a la misma. En mi defensa

diré que están escritas desde el más profundo respeto y la veneración que me merece su figura.

En segundo lugar me gustaría disculparme con el lector de toda índole, pues por deformación profesional y no sin realizar antes un esfuerzo de contención, dicho sea de paso, el análisis de las obras artísticas puede llegar a rozar lo académico. Espero sinceramente no llegar a resultar tedioso. En las descripciones paisajísticas y otras reflexiones he intentado hacer un ejercicio de abstracción donde primase lo estético por sobre las descripciones más técnicas. Entre otros motivos debido a mi imposibilidad manifiesta para hacerlas. Así que gracias a Eru por ese don.

Sin más, solo me queda agradecerle, querido lector, el haber leído este pliego de descargo y espero disfrute de la lectura y del viaje.

El amor y el hogar, que son lo mismo.

En el extremo opuesto de la habitación, mirando a la puerta de entrada, estaba sentada una mujer. Los cabellos rubios le caían en largas ondas sobre los hombros, llevaba una túnica verde, verde como las cañas jóvenes, salpicada con cuentas de plata como gotas de rocío, y el cinturón era de oro, labrado como una cadena de azucenas y adornado con ojos de nomeolvides, azules y claros.

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. La Comunidad del Anillo*

Birmingham. 2 de Julio del Año 1914. Por la mañana.

Un jovencísimo John Ronald Reuel Tolkien se despidió con un beso en la mejilla de su prometida, Edith Bratt, tras una visita relámpago. En el Continente, sonaban tambores de guerra. Unos días atrás, el Archiduque Francisco Fernando, heredero del pasado que era el Imperio Austrohúngaro, una reliquia ahora enferma y agonizante, había sido asesinado por un nacionalista serbio. La primera ficha del dominó había caído, la que activaría el férreo sistema de alianzas europeo y que haría saltar por los aires la apacible, aunque intensa vida social y académica de nuestro joven Tolkien.

De camino al Oratorio de San Felipe Neri, portando una elegante mochila de cuero marrón a los hombros, aún resonaba en su cabeza la melodía que Edith había tocado en su piano. Se sentía liviano tras concluir el año académico, pero al mismo tiempo, algo apesadumbrado, sabiendo de la infelicidad en que estaba sumida su prometida, atrapada en una existencia gris y monótona, y acompañada únicamente por su prima, con la que discutía constantemente hasta por la más insignificante nimiedad. Y aunque no podía ocultar su felicidad por emprender ese esperado viaje a la Península de Cornualles, y sobre todo, por volver a encontrarse con su amigo, seminarista del Oratorio, el padre Vincent Reade, le resultaba imposible evitar que sus pensamientos se volvieran irremediablemente hacia Edith, una y otra vez.

Se acercaba el mediodía y el sol empezaba a calentar la que hasta ahora estaba siendo una fresca y anticiclónica mañana de Julio. La temperatura era agradable y Tolkien vestía un elegante traje verde jaspeado, con chaleco gris, camisa blanca y corbata a juego. Pasando por delante de un pequeño y destortalado parquecito entre edificios, casi sin pensarlo y movido por los agradables rayos de sol y la imagen de tres cipreses, se detuvo en un banco de madera e hizo un repaso rápido de sus enseres. Varias mudas, que esperaba fuesen suficientes; y entre las dos camisas, una copia de los “Mabinogion”, la colección de relatos medievales escritos en galés medio que había comprado unos meses antes con las cinco libras que había recibido como premio al ganar el “Skeat Prize” de Inglés, del Christ College. Además de la lectura, entre sus pertenencias se encontraban un cuadernillo de bocetos y una cajita de madera que contenía distintos pigmentos, además de tres frasquitos de vidrio. Uno de ellos contenía agua, otro goma arábiga y el tercero tinta china. También hacía algunos pinceles de distintos tamaños, una plumilla y un par de pinzas de madera. Tolkien se había aficionado a pintar a la acuarela y últimamente sentía una renovada sensibilidad por el paisaje tras haber releído los escritos de William Morris.

Tolkien esperaba encontrar en Cornualles ese tipo de paisajes que inmortalizaran los pintores románticos; paisajes tempestuosos, iracundos y llenos de fuerza, donde la naturaleza es la gran protagonista del cuadro. El ser humano ante la inmensidad arrebatadora de los elementos. Admiraba especialmente a William Turner, el gran pintor de su querida Inglaterra, también a Caspar David Friedrich, el mayor exponente del romanticismo en Centroeuropa. Y aunque desde Francia llegaban corrientes renovadoras, más intimistas y revolucionarias, nuestro Tolkien seguía siendo un hijo del siglo XIX, y el concepto de lo sublime de la naturaleza en el arte, tal y como lo definiera Schopenhauer, era lo que realmente le impulsaba a pintar.

Temiendo que se le hiciera tarde, se echó la mochila al hombro y prosiguió su camino. El Oratorio estaba apenas a unas manzanas de distancia. Hacía un año que no veía a su compañero en este viaje, el padre Vincent Reade. Vincent era un buen amigo de su infancia en Birmingham. Un humilde seminarista católico, pero con una dignidad y un orgullo de los se forjan cuando se juega en campo contrario. Y es que en la Inglaterra post-victoriana, se seguía percibiendo a los católicos como una suerte de agentes al servicio de intereses

extranjeros, del Papa de Roma. El anglicanismo en cambio, se veía como la forma más pura de patriotismo.

Finalmente llegó John al Oratorio de San Felipe Neri. Allí le esperaba su amigo frente a la austera fachada de rojizo ladrillo visto, de dos pisos. El primer piso no tenía aberturas, salvo la entrada que daba acceso al atrio que precede al templo del Oratorio, que se hacía a través de un arco de medio punto. En el segundo piso se abrían ventanas también de medio punto. A su vez, todo el edificio estaba coronado a su vez por una cornisa que descansaba sobre unas sencillas ménsulas grises.

Si hubiesen accedido a través del vano al atrio, se hubieran encontrado frente a la fachada de la flamante iglesia, no visible desde la calle y que había sido terminada hacía escasos cuatro años. Dividida en tres pisos horizontales y tres calles verticales; el primer piso lo formaba un zócalo sin almohadillado, que daba paso a tres puertas arquitrabadas dibujando un pseudo vano serliano. La calle central contenía un frontón curvo partido, que recogía en su interior parte del blasón del Oratorio, el cual está enmarcado por dos ángeles tenantes a la manera de los serafines que custodiaban el Arca de la Alianza. El segundo piso lo forman seis pilastras de orden compuesto, que reposan sobre la línea de imposta del primer piso, en un juego de 2-1-1-2, abriéndose en la calle central un gran ventanal. El tercer cuerpo era mucho más sencillo, un entablamento sostiene un frontón triangular, liso, sin decoración. Es un edificio neobarroco, pero que rememora un barroco eminentemente inglés. Muy clásico en sus formas, sin grandes alardes decorativos, heredero absoluto de la arquitectura palladiana.

Vincent Reade vestía completamente de negro, pantalón y camisa con alzacuellos. Austeridad ante todo. Se saludaron efusivamente y Vincent le invitó a pasar dentro de las dependencias y saludar al padre Francis Morgan, el que había sido tutor legal de Tolkien y con el que las relaciones actualmente no pasaban por su mejor momento. Y aunque la correspondencia entre ambos era fluida, Tolkien se excusó en el largo viaje que les esperaba para rechazar la propuesta. Vincent no insistió más y le invitó a seguirle.

Doblaron la esquina y se encontraron con el que sería su vehículo en este viaje, un viejo Wolseley biplaza de 1904. El orgullo de Birmingham, un coche ensamblado hacía diez años a pocas millas de donde se encontraban. Cargaron las maletas en la parte trasera y subieron a los asientos. Vincent ocupó el asiento derecho, el del conductor, Tolkien viajaba a

su lado. El motor monocilíndrico del viejo Wolseley de 6 caballos rugió tras arrancar, expulsando una bocanada de humo negro. Tenían por delante unas 8 horas en las que cubrirían las poco más de 200 millas que separaban Birmingham del pueblo pesquero de Cadgwith, el sitio que les serviría de base de operaciones para este viaje por Cornualles.

Tolkien llega a Kortirion.

Ahora bien, sucedió en cierto tiempo que un viajero de países lejanos, un hombre de gran curiosidad, fue llevado, por el deseo de tierras extrañas, y de caminos y moradas de pueblos inusitados, en un barco hacia el oeste, tan hacia el oeste, que llegó hasta la Isla Solitaria, Tol Eressëa en la lengua de las hadas, pero que los Gnomos llaman Dor Faidwen, la Tierra de la Liberación, y de ahí nació una gran historia.

J.R.R. Tolkien, *El Libro de los Cuentos Perdidos.*

Cadgwith. 2 de Julio del año 1914. Por la noche.

Con los últimos rayos de sol llegaron los dos amigos a su destino. La brisa marina se saboreaba en el ambiente y un suave oleaje se oía a lo lejos. Cadgwith estaba ubicado en una ensenada natural de la costa oriental de la Península del Lizard, en el extremo occidental de Cornualles, protegido de la furia del Océano Atlántico. Era un pueblecito pesquero de unos 150 habitantes con una sola taberna, que a la vez hacía las veces de posada. Dejaron el Wolseley en un pequeño terraplén a la entrada del pueblo y se dirigieron calle abajo a la pensión en la que se hospedarían durante el próximo mes.

La posada era un coqueto cottage de dos pisos de tipo “chaumière”, encalado y con techo de paja. De una de las dos chimeneas salía un humo gris y el olor a pescado a la brasa se hacía más intenso con cada paso que daban. Vincent conocía a la mujer que regentaba el negocio. Era una afable señora de unos 60 años que vivía con su marido, el cual se dedicaba al ancestral oficio de vivir de lo que daba el mar, además de ayudar a su esposa con el negocio.

Al llegar al cottage, ya prendían las primeras estrellas en el cielo y el crepúsculo llegaba a su fin. Un cercado de sillarejo hacía las veces de vestíbulo al aire libre y a ambos

lados del camino empedrado que conducía a la puerta, se abría un exuberante jardín de petunias, begonias, lavandas y lobelias; de morados ahora apagados, iluminados por la cálida luz que se filtraba por las ventanas. Era una naturaleza no sometida, salvaje, como un niño consentido queriendo imponer su ley, y aun así, no era un jardín descuidado.

Entraron dentro del establecimiento. El interior era cálido, aunque sin mucha luz, rústico en su mobiliario. Había unas cuatro personas en el interior, dos parroquianos, el marido de la dueña y esta misma. Vincent se dirigió a la afable señora recordándole la carta que le había escrito hacía un mes. “Una habitación doble y pensión completa”, replicó la posadera, dando muestras de su prodigiosa memoria. Segundos después se acercó el marido y les invitó a seguirle a la primera planta. Tras acomodarse en la habitación, en lo que gastaron unos 15 minutos, bajaron a tomar algo antes de ir a dormir. Estaban realmente cansados, deseosos de acabar el día cuanto antes.

Sentados ya en unas viejas sillas, con una mesa que había vivido tiempos mejores, se dirigió a ellos el tabernero en un inglés con un acento un tanto peculiar. Pidieron bebida y algo ligero para comer. El señor gritó: “¡cerveza!”, en dirección a la barra y “*keus gavr*”. Tolkien llevaba un tiempo estudiando el idioma galés y esas dos palabras sonaban prácticamente idénticas a “*caws gafn*”, por lo que entendió perfectamente que el posadero había pedido para ellos; queso de cabra. Aunque ciertamente, el idioma que había hablado el posadero no era galés, sino cónico. Un idioma celta britónico, al igual que el galés, el manés o el gaélico, casi desaparecido en la península de Cornualles. Estaba experimentando sin embargo un proceso de revitalización a principios del s. XIX. Muchas familias, sobre todo de las zonas rurales, seguían usando palabras sueltas y pequeñas construcciones gramaticales. En definitiva, el idioma nunca llegó a desaparecer por completo.

Una pétrea triada córnica . De anillos mágicos, túmulos y un círculo de piedras.

En tiempos remotos fueron fabricados [...] anillos mágicos como vosotros los llamáis; eran por supuesto de varias clases, algunos más poderosos y otros menos.

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. La Comunidad del Anillo*

Oeste de la Península de Penwith, 7 de julio del año 1914. Con los primeros rayos del sol.

Nuestra pareja de amigos había madrugado para cubrir las poco más de 20 millas que separaban la Península del Lizard del extremo más occidental de la Isla de Gran Bretaña, el “Land’s End”, el fin de la tierra. El día de hoy nuestros compañeros lo dedicarían a visitar tres de los monumentos megalíticos más famosos de Cornualles.

Pero antes no podemos dejar de hacer mención a lo primero que suele llamar la atención al viajero que visita por primera vez en este rincón de Inglaterra, y esto es el paisaje. El extremo occidental de la Isla de Inglaterra es un vasto páramo moldeado por el viento, curtido por los elementos, como la personalidad de sus gentes. A diferencia de la ensenada de Cadgwith, que está a resguardo en la parte oriental del Lizard. El paisaje de Penwith está expuesto frente a frente con el Océano Atlántico, cuyas olas, además del viento, han contribuido a dar forma a sus acantilados.

La primera parada en su viaje era ni más ni menos que *Mên-an-Tol*, que en el idioma local significa literalmente “Piedra del agujero”. Posiblemente, nos encontramos ante el monumento megalítico más famoso de Cornualles. Y es que si Inglaterra tiene *Stonehenge* e Irlanda los Túmulos de *Brú na Bóinne*, Cornualles tiene *Mên-an-Tol*. Y si bien no podríamos compararlo ni en tamaño ni en magnificencia con *Stonehenge* o *Newgrange*, si es equiparable sin duda en la cantidad de leyendas que atesora, tantas o más que aquellos, ciertamente más famosos.

Bajaron del vehículo en la zona señalada en el mapa y tras caminar unos metros, ante ellos se encontraba, *Mén-an-Tol*. Era un alineamiento de tres ortostatos de piedra granítica. Hasta aquí algo normal que podríamos encontrar en muchos otros sitios de Inglaterra o más aún en la Bretaña continental. Pero el verdadero interés de este alineamiento radica en su piedra central. En la piedra central encontramos un anillo perfecto que está enmarcado por dos menhires. Las tres piedras, a su vez, se encuentran erguidas verticalmente. Días atrás la señora de la posada les había contado algunas historias sobre *Mén-an-Tol*. Por lo visto el anillo poseía algún tipo de función apotropaica, de protección del lugar y de sus gentes. Además se decía contaba con poderes taumatúrgicos, curativos. Si una persona tenía algún tipo de dolencia física y traspasaba el orificio de la roca con la zona afectada, la enfermedad o el achaque, remitiría. Y es que en el interior del anillo cuentan los lugareños que vivía un hada. «¡Qué cosa tan magnífica!» pensó el joven Tolkien.

Esto es algo que ya había leído Tolkien con anterioridad. Recordando el *Mabinogion*, que ahora descansaba sobre su mesita de noche en la posada de Cadgwith. En varios pasajes se cuenta que las hadas gustan de vivir alrededor de los monumentos megalíticos, sobre los túmulos, alrededor de las fuentes y en los bosques. Pensó que si bien Gales tenía merecido el título de “País de las Hadas”, Cornualles no se quedaba atrás. Y esto era sólo el principio del día, la próxima parada era un túmulo funerario, no sabemos si con hada o sin ella, el *Tregiffian Barrow*.

El viento penetrante soplaban del este. La sombra negra de un túmulo se destacaba a la derecha sobre el fondo de las estrellas orientales.

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. La Comunidad del Anillo*.

Sin duda, un anillo mágico era algo evocador, pero un túmulo en una mañana de niebla no lo era menos, y más para alguien con cierta inclinación a la sugestión. Al fin y al cabo, un “barrow” no deja de ser la morada del último descanso de un antiguo rey o cacique de estas tierras. El *Tregiffian Barrow* está a unas 20 millas al sur de *Mén-an-Tol* y es el ejemplo perfecto de sepulcro de corredor, un tipo de enterramiento que se originó en la Armónica, en la Bretaña Francesa y desde donde irradiará por el resto de la Europa Atlántica,

incluidas las Islas Británicas. Gran parte de su belleza radica en su simpleza. Dos hileras de menhires verticales y paralelas sostienen otra horizontal, formando un corredor adintelado, que a su vez se cubría con un montículo artificial de tierra. Tierra que en estas latitudes quedará irremediablemente cubierta por una capa de hierba la mayor parte del año. También se les conoce popularmente como dólmenes, cuyo singular en bretón, “dolmen”, significa mesa. Simpleza, incluso para el nombre.

Un alto muro circular de piedra, como una cadena de acantilados [...] Tenía una única entrada: [...] Quien recorriese de uno a otro extremo aquella galería oscura y resonante, saldría a una llanura circular [...]

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. Las Dos Torres*

Tras cerciorarse de que ningún tumulario habitaba el *Tregiffian Barrow*, pero aún con el corazón encogido, se dirigieron unas 10 millas al norte, al centro geográfico de la Península de Penwith, donde se encuentra otro de esos monumentos que dan sentido de pertenencia a una nación. No es casual que en 1928 se eligiera *Boscawen-Ún* para la fundación del “Gorsedh Kernow”, la institución encargada de velar por la lengua y tradiciones de Cornualles. Ello nos da una pista de lo simbólico que es este monumento para estas gentes.

Tras aparcar a un lado del camino, cruzaron los pocos metros de pasto que les separaban del círculo. El mismo, estaba rodeado de un campo de tréboles en flor. Una inmensa alfombra blanca y verde sobre la que emergían diecinueve piedras de granito gris que conformaban una circunferencia casi perfecta. Una piedra, la que hacía la veinteava, estaba situada en el centro, con una pronunciada inclinación. Al oeste, nos encontramos con una separación mayor entre dos de las piedras que sugeriría la entrada desde el exterior del círculo, al interior. O lo que es lo mismo, desde el fanum al sancta sanctorum.

Un castillo en ruinas y la cueva de un dragón.

by the dungeon-stair	at the door standing:
‘Lord! Come below!	Why alone walk ye?
Tidings await you!	Time is spared us
too short for shrift.	A ship is landed!’

J.R.R. Tolkien, *La Caída de Arturo*.

Tintagel, Norte de Cornualles, 25 de Julio del año 1914, a media mañana.

Tras una travesía de una hora llegaron nuestros acompañantes a otro de los hitos que están marcados en rojo en cualquier visita a Cornualles que se precie. El Castillo y la Cueva de Tintagel.

Tolkien se encontraba apesadumbrado, no dormía bien desde hacía una semana. Echaba de menos el rostro y la dulce voz de Edith y no veía la hora de volver a verla. Le había escrito una carta hacia unos días donde le narraba con minuciosidad las maravillas naturales de Cornualles. Su acuarela titulada “Cove near the Lizard”, reflejaba fielmente la furia del océano, y aunque de una expresividad arrebatadora, mostrar lo sublime de la estampa con sus plumillas y sus pinceles, le era más complicado que con las palabras, para lo cual, las musas eran siempre generosas con el joven Tolkien.

"El sol pega fuerte... y un enorme oleaje del Atlántico rompe y brota sobre las rocas y arrecifes. El mar ha tallado extraños agujeros de viento en los acantilados que soplan con sonidos de trompeta y lanzan espuma como una ballena, y en todas partes se ve negro y rojo y espuma blanca sobre violeta y verde transparente"

Extracto de la carta incluida en Humphrey Carpenter, *J.R.R. Tolkien. Una biografía*.

Tintagel en el idioma cónico vendría a significar “Castillo de la estrecha entrada” y era una ruina absoluta a principios del s. XIX, cuando Tolkien pudo haberlo visitado. También lo es ahora y así debe permanecer. Afortunadamente en la Inglaterra decimonónica no se habían cometido los desmanes del Continente, restauraciones tan nefastas, en la opinión de quien les escribe como las restauraciones de Viollet-le-Duc.

Tintagel era un monumento moribundo, que mantenía el recuerdo de un pasado auténtico, no inventado. Cualquiera observando estas ruinas puede llegar a creer a pies juntillas la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, quien escribiera que fue aquí y no en otro sitio, donde con la ayuda de Merlín, Uther Pendragon, disfrazado del Duque Gorlois de Cornualles, yaciera con Igraine y concibiera al futuro Rey Arturo.

John Ruskin en su Lámpara del Recuerdo, una de sus “Siete lámparas de la arquitectura” y donde posiblemente se encuentren sus reflexiones más brillantes, escribe sobre la restauración y establece como debía ser la conservación de los monumentos. Una descripción con la que creemos que Tolkien hubiera estado de acuerdo.

El verdadero sentido de la palabra “restauración” no lo comprende el público ni los que tienen el cuidado de velar por nuestros monumentos públicos. Significa la destrucción más completa que pueda sufrir un edificio [...] acompañada de una falsa descripción del monumento destruido. [...] es imposible, tan imposible como resucitar a los muertos. [...] tened cuidado de vuestros monumentos y no tendréis luego la necesidad de repararlos. Algunas hojas de plomo colocadas en tiempo oportuno sobre el techo, el desbrozamiento oportuno de la hojarasca [...] Contad las piedras como haríais con las joyas de una corona [...] unidleas con hierro cuando se disgreguen; contenedlas con la ayuda de vigas [...] no os preocupéis por la fealdad del recurso [...] más vale una muleta que la pérdida de un miembro. pp. 292-232

Hasta aquí creo que todos podemos estar de acuerdo, conservar el monumento para que no se deteriore. Pero, ¿qué hacemos si el monumento ya está deteriorado? y aquí radica la originalidad de Ruskin. Nos dice que no debemos hacer nada. O más bien, casi nada.

Se saca más de las ruinas de Nínive que de la reconstrucción de [Duomo de] Milán. [...] Más se dirá, la restauración, puede llegar a ser una necesidad. De acuerdo. [...] arrojad las piedras a los rincones más apartados, y rehaced los de lastre o mortero [...] más hacedlo honradamente, no los reemplacéis por una mentira. [...] Su última hora sonará finalmente; pero que suene abierta y

francamente, y que ninguna institución deshonrosa y falsa venga a privarla de los honores fúnebres del recuerdo. pp. 231-232

Tintagel era ahora un honorable anciano mimetizado con la orografía. El viento y el tiempo estaban devolviendo a la naturaleza lo que una vez fue suyo y esta lo aceptaba de buen grado. El Castillo se encontraba a ambos lados de una abrupta península acantilada, cuyo istmo, a distinto nivel, actuaba de foso natural. Una fortaleza inexpugnable otrora. Pero ni siquiera Tintagel se libró del falseamiento del que hablaba Ruskin. Citamos ahora a Riegl.

Desde el surgimiento del Romanticismo, es decir, desde que el culto al valor histórico ha entrado en su última y más grande y decisiva etapa, los estilos medievales mantienen una destacada primacía [...] especialmente el gótico [...]

Alöis Riegl. El Culto Moderno a los Monumentos, p. 97

Y es que el gótico nacional inglés, aunque en menor medida que en el Continente, también tendió a homogeneizar su pasado medieval. Posiblemente, el lugar más fotografiado de Tintagel hoy en día sea la puerta neogótica de entrada al castillo insular, y esta es una puerta del siglo XIX.

Una de las grandes tragedias que nos acechan a quienes nos dedicamos a los monumentos, es la de los añadidos. A veces surge la pregunta, ¿por qué no simplemente podríamos olvidarnos de los mismos y disfrutar de la que es una preciosa puerta, un hermoso vano apuntado (decimonónico, si) que se abre mirando hacia el mar de Irlanda?, ¿por qué no podemos imaginarnos a Uther Pendragon oteando el horizonte desde este mismo emplazamiento?, ¿es que acaso a veces no es más sobrecogedora una buena historia que la “verdad”? , ¿no buscamos en la fantasía la evasión? Quizás un término medio puede resultar el más adecuado y enriquecedor en estos casos. Que seamos conscientes de que Tintagel nunca fue un castillo como los que aparecen en las miniaturas de las “Muy ricas horas del Duque de Berry”, ni nunca lo debe llegar a ser. Pero aún siendo conscientes de ello, no deberíamos privarnos de disfrutar, de la que es por méritos propios una estampa memorable.

[...] Entonces oí el incommensurable himno del Océano mientras subía y bajaba al ritmo de su órgano cuyas interrupciones eran el graznido de las gaviotas y el oleaje atronador; oí la carga de las aguas y el canto de las olas cuyas voces por siempre venían y entraban rodando a las cuevas, donde una interminable fuga de ecos salpicaba sobre piedras mojadas y subía y se mezclaba al unísono con un zumbido murmurante;[...]

J.R.R. Tolkien, *Historia de la Tierra Media: La Formación de la Tierra Media*.

Tras visitar la ruinas del castillo decidieron bajar a la ensenada. Cuando la marea está baja se puede acceder a pie a la que los lugareños conocen como cueva de Merlín, una cueva que el mar había horadado miles de años atrás bajo la peña de Tintagel. El olor del mar se hacía más potente a cada paso que daban en su interior, embriagando su mente y en la humedad de la cueva de Tintagel resonaban en él, ecos de otras cuevas míticas. Sigurd había encontrado su destino en una cueva similar, también su amado Beowulf. En esta cueva el único sonido audible era bramido lejano de las olas del Atlántico, pero era fácil imaginar a Fáfnir, el dragón al que Sigurd diera muerte, arrastrándose entre sus rocas. Debía vivir en una cueva como esta, allá por la lejana Renania.

«¿Dónde se encuentra el monte
y el dorado tesoro?
¡Ahora dame consejo Regin
de caminos lejanos!»
«Lejos está Fáfnir
en las cuevas oculto.
Un caballo debes tener,
alto y fuerte.»

J.R.R. Tolkien, *La Leyenda de Sigurd y Gudrún*.

Seguían adentrándose los amigos en la cueva del ávaro gusano, guardián del Tesoro del Nibelungo y perdiéndose en sus pensamientos, miró Tolkien el húmedo suelo, como queriendo encontrar un artefacto ancestral. No lo encontró, tampoco hizo falta para hacer volar de nuevo su imaginación. Detrás de cualquiera de las afiladas rocas, cubiertas por balazos, bien podría encontrarse una antigua espada de la Era de los héroes, una brillante

hoja, olvidada desde la noche de los tiempos, donde las tradiciones de esta isla hunden sus raíces.

Enorme colgaba del muro en la cueva
Una hoja de gigantes de una antigua era,
Beowulf la cogió y como rayo en tierra,
La hundió en la enemiga del gran Heorot.

J.R.R. Tolkien, *Lay de Beowulf*.

El hombre que no amaba la guerra.

Cadgwith. 5 de Agosto del año 1914. Por la mañana.

El joven John y el padre Read se despertaron cuando despuntaban los primeros rayos de sol y el gallo cantó. Tolkien fue a lavarse la cara en una escudilla metálica que se encontraba en el lateral de la habitación, sobre el alféizar de la ventana. Mirando a través de la misma se percató de que esa mañana había un trasiego más abundante de lo habitual. Entraban y salían distintas gentes de la ahora bulliciosa posada. Algo ocurría, algo no iba bien. Se vistió y mientras bajaba las crujientes escaleras de madera, sus pensamientos se volvían a Edith con una fuerza aún mayor. La melodía que estuviese tocando la joven hacía un mes en su casa de Birmingham y que le había acompañado durante todo el viaje, sonaba ahora atronadora. Tolkien repetía nerviosa y aceleradamente las notas en su cabeza.

Una vez en el piso de abajo se dirigió al grupo de unos quince hombres y mujeres que rodeaban una mesa de la taberna, con un miedo atronador echó una mirada por encima de los hombros de las personas que conversaban crispadamente. Sobre la tabla, un ejemplar del Daily Mail, en el que sin fotografía, con letras a gran tamaño y en mayúsculas, se leía claramente, “Gran Bretaña declara la guerra a Alemania”. Tolkien retrocedió unos pasos, mirando de no tropezar, encontró una silla vacía y se dejó caer sobre ella. Con los ojos humedecidos veía ante sí como su mundo, tal y como lo había conocido, se derrumbaba. Tapándose la cara con las dos manos sólo podía pensar en papel, pluma y tinta. Los pensamientos y las palabras se le agolpaban en la cabeza. No haber sido más comprensivo con Edith le torturaba en un momento como este; y las discusiones con el padre Morgan eran como un cuchillo clavándose en su pecho. Al minuto, el padre Vincent apareció escaleras abajo y tras intercambiar una mirada con el joven Tolkien, lo supo. La Gran Guerra había comenzado.

Guerra ha de haber mientras tengamos que defendernos de la maldad de un poder destructor que nos devoraría a todos; pero yo no amo la espada porque tiene filo, ni la flecha porque vuela, ni al guerrero porque ha ganado la gloria. Sólo amo lo que ellos defienden: la ciudad de los Hombres de Númenor; y quisiera que otros la amasen por sus recuerdos, por su antigüedad, por su belleza y por la sabiduría que hoy posee.

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. Las Dos Torres.*